

LIBROS

RECENSIÓN

BRUNO N. D'ANDREA, OAR: *¡AMA Y VERÁS! LA IGLESIA, CASA Y escuela para el amor según San Agustín*. Madrid, Editorial Augustinus - Editorial Ciudad Nueva, 2022. 191 pp. (Colección Estudios Patrísticos).

La vida y obra de san Agustín sigue manteniendo una gran vitalidad por la fecundidad que se percibe en la pluma de sus escritos. Ciertamente el Hiponense sigue suscitando una gran atención por la riqueza de un pensamiento en el que se conjugan una razón perspicaz y un corazón ardiente. Continúa siendo una tarea ardua y desafiante para nuestra contemporaneidad poner de relieve el contenido de su *forma mentis* a través de un renovado acercamiento a su predicación, que fuera consignada en sus vastos y variados sermones. Todo aquello que contribuya al redescubrimiento del valor de sus obras se convierte en un instrumento digno de ser apreciado.

El *sermo* llamado *De disciplina christiana* (c. 397-398) trata fundamentalmente sobre la Iglesia como el lugar apropiado para el aprendizaje del amor. El mismo fue transmitido en la misma época de los muy conocidos escritos de Agustín: *De doctrina christiana*, *De agone* y *Confessiones*, con los cuales debe relacionarse para comprender mejor su trasfondo pedagógico. Durante el medioevo la influencia de esta pieza se hizo notar en el ámbito canónico rescatando su valor de *auctoritas* agustiniana, luego para la vida monástica fue muy importante en la línea disciplinaria y posteriormente la clave interpretativa se centró más en el rol del maestro eclesial de la fe.

Bruno D'Andrea en su libro ha sabido rescatar del olvido esta importante obra del obispo de Hipona intentando con gran acierto reubicar el criterio hermenéutico con el cual debe leerse. Dicho objetivo se lleva adelante en el desarrollo de este texto donde se muestra que el sermón estudiado tiene que comprenderse no solamente desde la órbita moral, sino que ha de complementarse desde una perspectiva teológica-eclesiológica y desde allí reubicar su aprovechamiento pastoral. El autor ha sabido integrar un lenguaje técnico-científico propio de los estudios patrísticos junto con una forma discursiva que puede ser comprendida por un lector no especializado. De esa manera se logra una lectura ágil y a la vez profunda. Además, se ha logrado un diálogo significativo con expresiones agustinianas de otras obras que colaboran a una mejor hermenéutica del escrito en cuestión.

Las editoriales Augustinus y Ciudad Nueva presentan en conjunto una prolija y cuidada edición en lo que parece ser una promisoriosa colección de estudios patrísticos. El volumen cuenta con

una introducción, diez breves apartados, un epílogo y la respectiva bibliografía utilizada. El primer capítulo da cuenta del *status quaestionis* que pone en evidencia las problemáticas en torno al título, forma literaria, autenticidad y datación de esta obra antigua. En un segundo momento se recuerda el contexto histórico-teológico en el que nace el texto (primeros años del episcopado de Agustín). En el tercer apartado se explicitan algunas de las características de la retórica agustinianas puestas al servicio de su predicación. Luego, y a partir de las primeras palabras del sermón analizado, se suceden siete secciones que se dedican propiamente al contenido de la obra.

Agustín comienza diciendo: “Nos ha dicho la Palabra de Dios en la Escritura, tomada para exhortación nuestra: *Acceptad la disciplina en la casa de la disciplina*. Disciplina viene del aprender (*discendo*). Casa del aprendizaje es la Iglesia de Cristo. ¿Qué es lo que aquí se aprende y por qué se aprende? ¿Quiénes son los que aprenden y de quién aprenden? Se aprende a vivir bien. Y para eso se aprende a vivir bien: para llegar a vivir siempre. Aprenden los cristianos. Enseña Cristo” (*Disc. chr.* 1,1). Enfocando en las preguntas realizadas por el Hiponense, D’Andrea trabaja los siguientes temas: la simbología de la Iglesia como casa-escuela, los elementos esenciales para el aprendizaje del amor, la consideración del contexto litúrgico-existencial, el modelo cristológico como camino de felicidad humana, las motivaciones para la formación cristiana integral, la gracia de ser verdaderamente cristianos y por último la con-formación/conversión permanente con Cristo maestro. En un breve epílogo se perfilan los principales ejemplos de la *receptio* del escrito en la época medieval.

El replanteo eclesiológico post-conciliar y la cuestión de repensar el ser y la praxis eclesial desde la sinodalidad, como lo ha propuesto

el Papa Francisco, se ven enriquecidos por trabajos como éste que ayudan en la comprensión identitaria de la Iglesia que dan razón de su existencia. En esa línea las metáforas eclesiales: casa-escuela, utilizadas por Agustín en el sermón aludido colaboran a entender la dinámica eclesial como un espacio dinámico de profundización en su esencia, el amor; y no quedarse en cuestiones que se refieren solamente a lo jerárquico-organizativo. En ese sentido este libro se suma al esfuerzo patrístico de volver a las fuentes y rescatar desde allí la frescura primorosa de los símbolos eclesiales que han permitido comprender su razón de ser en los primeros siglos del cristianismo.

Si bien está dicho de manera rápida, en la conclusión del trabajo debe destacarse la intuición que el autor de esta investigación tiene al plantear que un nuevo acercamiento al *De disciplina christiana* permite reubicar a la Iglesia no desde el paradigma *ecclesia docens* (con una fuerte impronta autorreferencial) sino desde modelo que pone en el centro el Misterio de Cristo y desde allí una *ecclesia discens* (Iglesia que escucha y aprende), que da testimonio desde la praxis del amor (misericordia). Sin desmedro del valor cristológico señalado, nos queda una pregunta: ¿Por qué Agustín no menciona en este sermón la actividad docente del Espíritu Santo como tan bien explicitada aparece en el Evangelio de Juan? (cf. Jn 14,26). Quizás pueda ser una cuestión a investigar en referencia a otros escritos del obispo de Hipona que complementen así la visión eclesiológica desde la cristología, pero también desde la pneumatología del Doctor de la Gracia.

Alejandro E. Nicola